

Viaje con balance ambiguo

Es el hombre más poderoso del mundo. Tanto que el Pentágono se dispone a gastar hasta 45 millones de dólares para celebrar su cumpleaños N° 79 con un desfile el próximo 14 de junio. La fecha, hay que aclararlo, coincide con el aniversario 250 del Ejército. Pese a la fastuosidad de esta celebración, Donald Trump ha aprendido que, no puede conseguir siempre todo lo que quiere o prometió.

No logró la paz en Ucrania. En su campaña aseguró que pondría fin al conflicto "en 24 horas". Tampoco ha tenido éxito en su manejo del conflicto en Gaza. Al contrario, su triunfo electoral alentó la cruenta arremetida israelí. La semana pasada, mientras Trump estrechaba lazos con los gobernantes árabes -que no son precisamente un modelo democrático- el régimen de Benjamín Netanyahu continuó bombardeando implacablemente a los inermes gazatíes, niños y adultos, hombres y mujeres, junto a sus hospitales y escuelas.

Lo que Trump puede considerar un éxito de este viaje por Catar, Arabia Saudita y los emiratos, son las astronómicas cifras de negocios que ha concretado. Es lo que sabe hacer bien, aunque no pueda controlarlo todo. Los líderes musulmanes aplaudieron que se reuniera con Ahmed al Sharaa, el presidente interino de Siria, pese a su pasado como militante de Al Qaeda por lo que EE.UU. había ofrecido 10 millones de dólares por su cabeza. Trump levantó ahora las sanciones.

Se supo además de una gigantesca compra realizada por el régimen catari: 210 aviones Boeing por valor de 96.000 millones de dólares. Poco antes se anunció que Catar le regalaría un nuevo Air Force One avalado en 400 millones de dólares.

Celebrando el balance, Trump se ufano de que este viaje marcaba un cambio profundo en la política norteamericana. Conforme consignó The New York Times, "cuando declaró desde el escenario de un opulento salón de baile de Arabia Saudita que Estados Unidos había dejado

de construir naciones y de intervenir, que ya no iba a darles lecciones a nadie 'sobre cómo vivir', el público estalló en aplausos. Al final, dictaminó que los 'llamados constructores de naciones destrozaron muchas más naciones de las que construyeron... los intervencionistas se entrometían en sociedades complejas que ni siquiera comprendían".

La pregunta, no solo para sus críticos sino también para no pocos de sus partidarios, es si el propio Trump es capaz de comprender la complejidad de esas sociedades. En Chile, la doctora Jeanne W. Simon, profesora de Ciencia Política de la Universidad de Concepción especificó algunas de estas preocupaciones en entrevista con CNN. No hizo

la comparación con Luis XIV, el Rey Sol, pero parafraseó su dicho más famoso: "El Estado soy yo". En otras palabras, según ella y otros comentaristas, el régimen democrático de Estados Unidos puede estar entrando en una peligrosa crisis. El orden internacional que surgió tras la Segunda Guerra Mundial y que EE. UU. contribuyó a levantar, está hoy en riesgo.

En un análisis de los primeros cien días de Trump en la Casa Blanca, la BBC ya hizo un diagnóstico sombrío:

"El sistema legal, los medios de comunicación y las universidades son los pilares de las libertades democráticas estadounidenses. El socavamiento de estas instituciones por parte de la administración

Trump es un intento descarado de imponer un gobierno autoritario saltándose cualquier contrapeso al poder ejecutivo".

ABRAHAM SANTIBÁÑEZ

Premio Nacional de Periodismo

